

Congreso pro Vida

Miami, 29-31 de octubre de 2021

Gabriella Gambino

Con ocasión del VI Congreso Nacional pro Vida, me complace dirigirme a todos ustedes desde Roma, desde el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida.

Extiendo mis más calurosos saludos a Su Excelencia, el Arzobispo Joseph Naumann, Presidente del Comité de Actividades Pro-Vida de la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos, quien apoyó la iniciativa *Caminando con Madres en necesidad*; saludo a Su Excelencia, el Arzobispo Thomas Wenski, a los *oradores principales* y a todos los conectados de todo Estados Unidos y del resto del mundo.

Es extraordinario saber cuántas iniciativas están promoviendo para la protección de la vida humana, cuántos testimonios concretos, cuántos centros de ayuda a la vida y cuántas personas se preparan y forman continuamente para acompañar a las familias, a las parejas y a las mujeres en los momentos cruciales de su vida.

Sabemos muy bien, también por experiencia personal en nuestra vida cotidiana común, lo necesario que es hoy no sólo acompañar, sino apoyar y animar a las madres, a los padres y a las familias en la protección de toda vida frágil, desde el momento de la concepción hasta la muerte natural y en cada etapa de la vida. Cuando cuidamos de un niño de pocos centímetros que crece en el vientre de su madre, de una persona mayor que no puede quedarse sola, o de una amiga que ha pasado por la experiencia traumática de un aborto voluntario, estamos actuando concretamente como custodios de la vida, estamos tomando en serio nuestro papel de padres y madres en la familia, en la comunidad y en la sociedad, porque estamos dando cabida a alguien que, como una flor, necesita florecer, vivir plenamente la belleza y el sentido de su vida, incluso en el dolor que debe aceptar.

Todo ser humano lleva en su interior “una chispa del amor de Dios”, leemos en *Amoris Laetitia* (n. 172). Y, como recordó el Papa Francisco en el 25 aniversario de la *Evangelium Vitae*, “la vida que estamos llamados a promover y defender no es un concepto abstracto, sino que se manifiesta siempre en una persona de carne y hueso”; “un niño recién concebido, un pobre marginado, un enfermo solo y desanimado o en estado terminal”¹; pero también una madre desesperada y asustada, un hombre que no puede abrazar su paternidad o un niño abandonado.

Mi experiencia de la maternidad me ha hecho tomar conciencia de que el cuidado materno nunca es anónimo y genérico, las madres no cuidamos de la vida, sino siempre

¹ FRANCISCO, Audiencia general, 25 de marzo de 2020.

de *una vida*, esa vida que tenemos ante nuestros ojos, en nuestra mirada. Del mismo modo, cada uno de ustedes cuida de las personas de carne y hueso, las cuida, las salva. Cada vida humana cambia la historia de un hombre y una mujer, de una familia, de una comunidad. Pero me gustaría decir aún más: cada ser humano escribe con su vida un trozo de la historia del mundo y es insustituible en ella. También por esta razón, toda vida humana debe ser acogida, amada y cuidada. ¡Siempre! “Cada vida humana, única e irrepetible, vale por sí misma, constituye un valor inestimable”². Han hecho suya esta preocupación de la Iglesia, han comprendido lo insustituible que es su trabajo para el anuncio del Evangelio de la vida y de la familia. Son “madres” y “padres” preciosos - en sentido moral y espiritual- para la sociedad y para la Iglesia; trabajan con amor y pasión para acoger, acompañar, apoyar y proteger toda vida humana.

En la sociedad tecno-científica de nuestro tiempo, en la que toda fase difícil de la vida se medicaliza, se necesitan espacios y lugares para elaborar el sentido del sufrimiento y la fatiga de la existencia humana. Ustedes pueden contribuir a crear estos espacios, ayudando a marginar esa “cultura del descarte”, que busca soluciones rápidas y aparentemente decisivas a cuestiones que dejan abismos de sufrimiento en la historia y el corazón de las personas. Necesitamos hombres y mujeres que no tengan miedo de ser madres y padres, que comprendan el sentido y la importancia de saber generar a los demás a la verdadera vida, a esa plenitud que puede dar alegría y gratitud por el don recibido con la propia existencia.

Gracias por el testimonio que dan cuando cuidan de una vida humana; no permitamos que los miedos, las preocupaciones o los problemas apaguen el proyecto de amor que el Señor ha planeado para cada uno de sus hijos: pequeños o grandes, jóvenes o mayores, fuertes o débiles, sanos o enfermos, pero siempre hijos amados.

En el Año de la Familia y de San José, pongamos su Congreso en manos de María y de su Esposo, para que sea un tiempo de debate verdaderamente fecundo, del que nazcan ideas nuevas y concretas para proteger de manera cada vez más eficaz a cada persona en dificultad, cada historia y a cada familia. Por mi parte, con el Dicasterio, les acompaño en la oración. Gracias.

² *Ibid.*